animales, lo cual confirma el mismo Haeckel, aunque acerca de los esquemas embriogénicos de este naturalista mucho se podría decir (1); y luego, cuando el embrión adquiere su mayor grado de desarrollo morfológico, es animado por el alma intelectiva, que Dios crea de la nada infundiéndola simultáneamente en el cuerpo: *creando infundit et infundendo creat,* según la expresión filosófico-teológica de esa intervención directa de Dios en la formación del hombre. Vése, pues, según Santo Tomás, cuya es la doctrina que acabo de exponer, que el proceso del desarrollo embriogénico humano comienza por lo más elemental, sucediéndose varias formas cada vez más perfectas, hasta llegar á la animación por el alma racional (2).

---

(1) «El profesor Haeckel, dice el P. Pesch en la obra ya citada *Los grandes arcanos,* etc., tom. 2.º pág. 222, ha tenido el atrevimiento de servirse de grabados incorrectos para hacer probable su teoría ontogenética. Su colega el profesor His hase tomado la molestia de descubrir al público las falsificaciones hechas por aquél en la *Historia natural de la Creación:* «Haeckel, dice, ha publicado tres *clichés,* como distintos, y no son sino uno mismo con diferentes títulos.» Respecto á la Antropología, añade el mismo, «no vacilo en afirmar que los diseños presentados por Haeckel son ó muy incorrectos ó del todo imaginarios». El profesor Sempere *(El Haeckelismo en Zool.)* dice á su vez: «por mi parte podría aumentar bastante los ejemplos presentados por His «de las falsificaciones de Haeckel».

(2) «Quanto aliqua forma est nobilior et magis distans à forma elementi, tanto oportet esse plures formas intermedias quibus gradatim ad formam ultimam veniatur, et per consequens plures generationes medias; et ideo in generatione animalis et hominis, in quibus est forma perfectissima, sunt plurimae formae et generationes intermediae, et per consequens corruptiones, quia generatio unius est corruptio alterius. Anima igitur vegetabilis, quae primo inest cum embryo vivit vita plantae, corrumpitur, et succedit anima perfectior quae est nutritiva et sensitiva simul, et tunc embryo vivit vita animalis; hac autem corrupta, succedit anima rationalis ab extrinseco inmissa *(por creación directa),* licet praecedentes fuerint virtute *seminis.* (S. Thom., *Contra Gent.* lib. II, c. 89.)» Veánse acerca de estas cuestiones las *Philos. Theoret. Inst.* de Lorenzelli, *Psycol. intell.* Lect. III.—Romae 1896.

8. Ahora bien: esta doctrina, cualquiera que sea su valor científico, no se opone en nada á la que llevo desarrollada en esta Conferencia, porque no significa la pluralidad de formas que recibe el embrión una suma algebraica, en la cual permanecen distintos los sumandos, sino aritmética, que constituye la suma como número especificante distinto de los sumandos, los cuales permanecen en ella sólo virtualmente. Si sumo algebraicamente a y b, diré $a + b$; expresión en la cual a y b conservan su valor específico; pero si sumo 2 y 3 diré 5, número especificante diverso de 2 y de 3, á los que contiene virtualmente, en cuanto que el 5 vale $3 + 2$ ó $2 + 3$. Las formas que recibe el embrión, según la teoría del Angélico, son sucesivas, y cada una desaparece al formarse la siguiente, la cual contiene virtualmente á la anterior y añade algo de perfección, al modo como al formarse el 5 desaparece el 4 que aquél contiene y al que excede en valor cuantitativo. Esta sucesiva transformación embriogénica se expresa muy bien por el principio admitido en filosofía natural, que dice que la desaparición de una forma substancial origina la aparición de otra, y viceversa: *corruptio unius est generatio alterius;* principio eminentemente científico, como apoyado por el que hoy profesan las ciencias físico-químicas y las naturales, de la conservación integral de la materia y de la energía en la naturaleza.

Así, pues, aun admitiendo con Santo Tomás que el embrión no es desde un principio informado por el alma intelectiva, sino que pasa antes por períodos análogos á los de los vegetales y de los brutos, como quiera que al ser informado por una nueva alma la anterior desaparece, como virtualmente contenida y con perfección en la que le sucede, al serle infundida por Dios el alma

racional desaparece la puramente sensitiva del embrión, y éste, animado por aquélla, que es también sensitiva y vegetativa virtualmente, queda constituído hombre perfecto en su sér específico, que recibe del alma intelectiva, de la cual dice en hermosos versos el Dante:

...Dentro a vostra polve
Per differenti membra e conformate
A diverse potenzie si risolve (1).

II

9. Estudiada la naturaleza de la sensibilidad en cuanto á su sér *(esse)*, conviene ahora decir algo de su acto *(operari)*. Hemos visto en otra Conferencia que en el movimiento inmanente ó vital distínguense tres elementos integrantes: la ejecución, la especificación y la dirección final, los cuales danse en el hombre por ser éste el más perfecto de los vivientes sensitivos. La dirección final es propia de la inteligencia: *intellectus est ordinare* (2), dicen los filósofos; y como entraña en sí la especificación y la ejecución, pues todo acto tiene especie propia, y por lo tanto si el viviente puede dirigirlo ha de especificarlo y por ende ejecutarlo, síguese que la inteligencia tiene subordinadas en su acto la sensibilidad

(1) *Divin. Comed. Parad.* II, 134-136.

(2) El ordenar supone siempre conocimiento del principio y del fin, como tales, de la cosa que se ordena; el cual doble conocimiento existe solamente en la inteligencia, única facultad cognoscitiva que puede alcanzar la razón de bien, considerado universalmente, que se incluye en el concepto objetivo del fin.

y la vegetabilidad. ¿Cómo, empero, el acto específico del hombre, radicando en la inteligencia, tiene subordinados á sí los actos orgánicos? O en otros términos: ¿cómo el organismo humano es levantado en su acto segundo á obrar en virtud del alma?

10. La filosofía cristiana nos da una hermosa respuesta á estas preguntas. No puedo detenerme hoy en la exposición del proceso integral del acto cognoscitivo del alma humana; sólo haré un breve compendio. Dos principios es preciso tener presentes: 1.° Dadas las condiciones de la unión del alma con el cuerpo, aquélla precisa de éste en algún modo para actuar la inteligencia, según ya he dicho: *Omnis cognitio incipit a sensu.* 2.° El alma, al actuarse como intelectiva, realiza un acto vital, es decir inmanente, que por lo tanto tiene por término el alma misma.

Ahora bien; el alma es espiritual, y principio evidente es el que enuncia la Filosofía y dice: *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur;* por donde se echa de ver que el acto del conocimiento, acto de asimilación, exige la armonía del sentido con la inteligencia. No es paradoja; así sucede en efecto. Recíbese en la retina la imagen físico-química del objeto; impresionada así la sensibilidad, conforme á lo que en otra Conferencia he dicho, la fantasía, sentido interno de la vida animal, forma la imagen ó especie sensible del mismo objeto; entonces el alma, prepárala por una que diríamos digestión espiritual para que pueda ser asimilada por ella misma. El único obstáculo son las formas sensibles ó materiales que aquél la reviste; de ellas la despoja el alma por la virtud del entendimiento que se llama entendimiento *agente;* así espiritualizado el objeto es para la facultad intelectiva lo que la sangre arterial

para el organismo: elemento perfectamente asimilable, y por eso entonces el entendimiento recibe la especie que así constituída se denomina *inteligible,* y por ella informado conoce el objeto de que aquélla es representación. El mismo proceso se forma partiendo de cualquiera de los otros sentidos, pues todos son principios del acto de la imaginativa sobre el cual recae la acción del entendimiento. Tal es, en compendiosa síntesis, el proceso del acto propio del hombre, proceso que comienza por el sentido y termina en la actuación de la facultad intelectiva. Así la filosofía cristiana explica la dependencia que la sensibilidad, y por lo tanto también la vegetabilidad, tienen de la inteligencia en el hombre.

11. Expuesta ya la naturaleza de la sensibilidad en el hombre, ¿cuál es el corolario inmediato que de la tal doctrina se sigue? Pues que entre aquél y los demás animales media una diferencia radicalísima, no ya solamente por razón del principio vital, que en el hombre es substancia espiritual y en éstos depende en su sér de la materia, sino también, y como consecuencia de ésto, por lo que atañe á la organización.

Porque es perfectamente inexacta la aserción de los positivistas, y aun la de aquellos que admitiendo la espiritualidad del alma humana quieren, sin embargo, que el hombre sea incluído en la escala zoológica por manera unívoca con los otros animales. «El hombre, dice Topinard, no es para la Antropología sino un mamífero cuya organización, cuyas necesidades y enfermedades son las más complejas; aquel cuyo cerebro y sus admirables funciones han alcanzado hasta aquí el máximum del desarrollo» (1). Dijera en buena hora que la Antropología estudia en el hombre su aspecto orgánico sin atender en nada á otros elementos; pero decir con tanta seriedad que el hombre para la Antropología no es más que un mamífero... es insufrible. ¿Podrá la Antropología negar el principio espiritual de la organización humana radicado en el alma? Jamás; prescinda de él si se quiere, pero no podrá dar ni una sola razón que menoscabe la verdad de su existencia. Luego el hombre para esa ciencia es algo más que un mamífero, siquiera en él no estudie la Antropología ese *algo más* (1).

(1) *Antropología,* tom, I. parte 3.ª

No creais que al hablar así me declaro antitransformista *enragé;* hablo del hombre ya constituído, haciendo perfecta abstracción de su origen tanto filogenético como ontogenético. En la teoría embriogénica de Santo Tomás, que antes he compendiado, indícase que al aparecer cada forma en el desarrollo del embrión las anteriores ó menos perfectas desaparecen, dando lugar á la nueva; análogamente ahora prescindo de las fases por las que el desenvolvimiento filogenético de la organización en nuestro planeta haya pasado antes de ser informada por el alma racional, y considero al hombre ya constituído en su sér específico.

12. Puesta así la cuestión, afirmo que el hombre no puede ser univocado con los demás animales en la escala zoológica, aunque se haga la salvedad del alma racional y se limite la univocación al organismo.

(1) Aludo á la Antropología positiva ó natural, pues la filosófica estudia al hombre como sér constituído por alma y cuerpo, y por eso su parte principal es el estudio del alma en cuanto ésta informa y es la razón de ser del organismo. Por lo demás, de la Antropología positiva puede decirse lo que A. Binet afirmó con harta inexactitud de la Psicología experimental, á saber: que «es independiente de la Metafísica, pero no excluye ningún estudio metafísico». (Citado por el P. Arnaiz. Véase *La Ciudad de Dios,* vol. L, pág. 581.)-

Si me he explicado convenientemente en esta Conferencia, habréis podido ver en la doctrina expuesta acerca de la sensibilidad la razón de este aserto. En efecto, ¿cuál es la característica de la animalidad? La sensibilidad. ¿Puede parangonarse la sensibilidad del hombre con la de los brutos? No. La doctrina que acerca de la vida en general he desarrollado en otras Conferencias y la que en ésta queda dicha, nos demuestran que entre la sensibilidad humana y la del bruto media el abismo infranqueable del origen formal de las mismas. En los brutos es una facultad meramente especificativa del acto vital, mientras que en el hombre entra á formar parte del acto integral del conocimiento intelectivo, en la forma ya indicada; por lo mismo, aunque abstrayéndola de la inteligencia no sea capaz de exceder la amplitud especificativa, pero subordinada á ella, diría mejor, radicada en ella, coopera con ella en la dirección del acto vital, participando de algún modo de la excelencia que la inteligencia tiene sobre los séres inferiores. Lo cual se alcanzará mejor si se advierte que la sensibilidad no es un mero instrumento de la inteligencia en esta vida, sino que es por ésta informada, de tal manera que el sujeto racional, ó sea el hombre, constitúyese por los dos elementos integrantes, inteligencia y sensibilidad, unidos entre sí, aunque sin confundirse.

Es, por lo mismo, esencialmente diversa la sensibilidad del hombre de la del bruto ya en el sér, ya por tanto en la operación, por aquello de *operari sequitur esse.*

III

13. Mas la insistencia de los *univocistas* es principalmente relativa á la organización. Veamos si aun así puede admitirse la univocación que se cuestiona. Si el sér y la operación de la sensibilidad humana difieren esencialmente de los del bruto, necesariamente han de diferir las organizaciones de ambos séres, porque la función es la razón final de la organización. Por eso yo comprendo que los materialistas confiesen y reconozcan la semejanza entre el hombre y el bruto, pues negando la espiritualidad del principio vital del hombre, destruyen la base radical de la diferencia entre la sensibilidad de éste y la del bruto; pero lo que me maravilla es que fisiólogos cristianos insistan tanto en la aludida semejanza, sin darse cuenta de que juegan una muy mala partida á sus convencimientos espiritualistas.

14. Tratándose empero de una cuestión que puede ser de algún modo comprobada por la observación, ocurre preguntar: ¿aparecen ante el anatómico univocadas la organización humana y la de los primeros órdenes de mamíferos? Conviene no olvidar para responder á esta pregunta dos cosas: 1.ª, que trato del hombre ya constituído específicamente, y hago por lo tanto abstracción de su origen; 2.ª, que no aludo á la constitución química ni aun á la histológica, pues los elementos de esta índole revisten un carácter demasiadamente genérico para buscar en ellos analogías ó desemejanzas, sin que por eso yo niegue que en ese terreno no sea posible encontrarlas.

Planteada así la cuestión, es evidente que ni ciertas

semejanzas anatómico-topográficas, ni la material igualdad de ciertos efectos orgánicos, bastan para univocar el concepto orgánico entre el hombre y los brutos.

Lo cual supuesto ¿qué valor hemos de dar á la semejanza anatómico-topográfica, por ejemplo, del sistema nervioso, ó de los aparatos circulatorio y digestivo en el hombre y los mamíferos superiores? El sistema nervioso, abstrayendo la sensibilidad (la cual hemos visto que difiere, y así lo han de confesar los fisiólogos espiritualistas) quédase con el carácter puramente muscular ó motor, y así puedo decir que también los vegetales tienen sistema nervioso; y sin embargo á nadie se le ocurre univocar la nervadura vegetal con el sistema nervioso-sensitivo del animal. Análoga consideración podría hacerse respecto á los otros aparatos del organismo.

15. En cambio son muy de notar las diferencias manifiestas entre la disposición anatómica del hombre y la de los demás animales, en conformidad con la fisiología de los mismos. Citaré una sola por no hacerme molesto en demasía: la bipedestación, privativa del hombre (entiéndase entre los animales que tienen más de dos extremidades), digan lo que quieran los que pretenden que también es propia de los mamíferos antropomorfos. Es cierto que éstos pueden caminar en dos pies, pero no de una manera continua, sino accidentalmente, y con harto trabajo si no van apoyados en alguna cosa. También el hombre puede caminar *á gatas,* como vulgarmente suele decirse, pero ya se sabe que de manera transitoria y dificultosamente. La organización humana está dispuesta para la bipedestación, y sólo al hombre corresponde esta actitud ¡que por algo está destinado para el cielo y no para la tierra, á la cual no ha de mirar

como la miran los brutos! La situación anatómico-topográfica del corazón en el tercio superior del cuerpo; la gran estabilidad de la articulación coxo-femoral y el desarrollo característico de los músculos glúteos, comparados con el exiguo de la articulación del hombro y de sus músculos, diferencia que no se advierte en los demás animales, amén de otras consideraciones que pudieran hacerse como resultado de la anatomía comparada, son evidente prueba de que la situación característica del hombre es la bipedestación (1).

Nada digo del desarrollo cerebral ni de la anatomía de otros órganos, que nos demuestran evidentemente la inmensa diferencia entre el hombre y el bruto, aun solo considerados en su organización. Puedo, por lo tanto, concluir de todo esto, que la semejanza orgánica que á primera vista se presenta entre el organismo humano y el de los demás animales es puramente analógica, algo así como la que pudiera establecerse entre la placa vibrante del fonógrafo y el aparato de la locución en el hombre, fundada en la igualdad de efecto en el aire. Decir otra cosa es pretender ver lo que no existe, y por ese camino poco puede esperar la verdadera ciencia de los que así la cultivan.

---

(1) El ilustre anatómico Sr. Romero Blanco ha hecho algunos excelentes estudios acerca de la bipedestación como caracterisca del hombre entre los vivientes de cuatro extremidades. Aún recuerdo una magnífica Conferencia que le oí en el *Ateneo León XIII* de Santiago, en la cual demostró tal situación como resultado de la posición anatómico-topográfica del corazón en el tercio superior del cuerpo humano.

IV

16. Permitidme ahora, señores, que confirme la doctrina que acabo de desarrollar con un argumento de nueva índole, tomado de las enseñanzas de la Teología católica. Encuéntrome hablando en un centro científico-católico, y ante vosotros, en quienes la firmeza de vuestra fe no va en zaga á vuestra ilustración científica; y por eso las consideraciones con que voy á terminar esta Conferencia, si no son demostrativas, porque no lo exige la naturaleza del asunto, tienen, sin embargo, fuerza suplementaria para confirmar con hermosa congruencia las razones filosófico-científicas en que fundé lo que acabo de decir con relación al hombre.

17. Este fue creado por Dios para que le diese gloria conociéndole y amándole (1); y cuando realiza este fin inmediato, alcanza la posesión del mismo Dios, fin último que beatifica al hombre por manera inenarrable (2).

El alma humana, con la inamisible posesión Dios en la bienaventuranza, únese á Él, diría mejor, impréguase de su divino Sér. Él es luz, y el alma hácese luminosa con la perfectísima posesión de la verdad eterna; es Dios actividad esencial y purísima, y el alma participa de ella con la perfección de la caridad, principio eminentemente activo; es espíritu actualísimo, y el alma,

(1) *In gloriam meam creavi eum* (al hombre), *formavi eum, feci eum.* (Isai. XLIII, 7.)

(2) *Habetis fructum vestrum in sanctificationem* (fin inmediato), *finem vero* (el último) *vitam aeternam.* (Ad. Rom. VI, 22.)

naturalmente espiritual, aseméjase entonces por manera inefable á la simplicidad de Dios por la caridad que en ella produce perfectísima armonía en todos sus actos; es esencialmente feliz, y el alma poseyéndole inamisiblemente es por Él beatificada en todo su sér: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae,* dice David (1).

Pues bien, la raíz de esta felicidad es lo que los teólogos llaman *la luz de la gloria (lumen gloriae),* maravillosa transformación de la *gracia santificante,* que en esta vida es el principio vital informante del alma en el orden sobrenatural, y, por lo tanto, principio de los actos virtuosos que la merecen el premio eterno.

Pero el alma en la práctica de la virtud sírvese también del cuerpo, al cual informa naturalmente y en el cual actúa. Y el acto integral de virtud es como producto de dos elementos, el anímico y el corpóreo, que por eso dícese acto humano. De ahí que el hombre recibe la sanción de la ley divina á que debe arreglar sus actos en su sér completo, es decir, en el alma y en el cuerpo. Esta es la razón, aparte de muchas otras que pudiera indicar, por la cual Dios ha dispuesto que el hombre resucite algún día, á saber, para que, unida ya de manera perpetuamente estable el alma al cuerpo, reciba el hombre el premio ó castigo completo, según el mérito realizado en esta vida.

18. Practícase el acto meritorio en virtud de la gracia santificante, la que, informando al alma, levanta al hombre al orden sobrenatural. La cual gracia tiene por causa eficiente á Jesucristo, quien nos la comunica mediante los Sacramentos, compendiados todos como en

(1) *Psal.* XXXV, 9.

manantial de origen en la Santísima Eucaristía. Y el hombre, recibiéndola, alimenta su alma con el mismo Jesucristo: *Pan vivo descendido del cielo* (1). A nadie empero se le oculta, que el cuerpo ha de participar de algún modo de la influencia de esta celestial alimentación, ya por ser sujeto informado por el alma que, mediante aquélla, se une á Cristo, ya por razón de la real, verdadera y substancial presencialidad del Cuerpo y Sangre Santísimos del mismo Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía. No nos es dado explicar esta influencia, pero no puede menos de admitirse en buen discurso teológico.

19. Es la Santísima Eucaristía una continuación en el tiempo y en el espacio de la Encarnación del Verbo de Dios. En Jesucristo la naturaleza humana fue levantada al grado mayor de excelencia que escogitarse puede, por su unión hipostática ó personal con el Verbo divino.

20. Tales son, señores, muy compendiosamente indicados, cuatro argumentos que nos demuestran la excelencia que recibe en el hombre la sensibilidad. Ella fue levantada en Jesucrito á la unión personal con Dios; recibe inefables influencias del mismo Jesucristo en cada hombre que le comulga dignamente; es sujeto é instrumento del alma en gracia, haciéndose con ella participarte del mérito de las acciones sobrenaturales, y finalmente ha de verse de nuevo informado por el alma glorificada, trascendiendo á él las cuatro propiedades que antes he apuntado como resultantes en el alma de la visión beatifica, á saber, la claridad, la agilidad, la sutileza y la impasibilidad; las cuales, sin destruir la naturaleza del cuerpo, lo espiritualizan en cierto modo, por la participación de las propiedades del alma, y por la influencia que, mediante ésta, ejerce en él la visión beatífica. «Es depositado en la tierra, dice San Pablo, un cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual» (1).

(1) *Ego sum panis vivus qui de coelo descendi.* (Joan. VI, 51.)

21. ¿Quién, pues, no ve en estas consideraciones una hermosa comprobación de las razones que he desarrollado en esta Conferencia para demostrar que el organismo, ó sea la sensibilidad en concreto, en el hombre supone caracteres esenciales que la diferencian radicalmente de la de los brutos?

¡Ah, señores! Aceptando esta doctrina, perfectamente racional y comprobada por la verdadera ciencia, compréndese el alcance de aquellas palabras del Real Profeta, quien, enumerando las excelencias del hombre, para dar gracias á Dios por habérselas concedido, decía al Soberano Hacedor: *Le has hecho, oh Señor, poco inferior á los Angeles, le has engrandecido de gloria y de honor, y le has puesto sobre todas las obras de tus manos* (2).

(1) *Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale.* (I Cor. XV, 44.)
(2) *Minnisti eum paulo minus ab angelis; gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manum tuarum.* (*Psal.* VIII, 6, 7.)